

# Balcanes: lejos de los objetivos de la comunidad internacional

**Ricard Pérez Casado\***

Presidente

Comisión Delegada del Instituto Europeo del Mediterráneo (IEMed)  
Barcelona

Los Balcanes occidentales, en la terminología al uso o, si se prefiere rehuir el eufemismo, la antigua Yugoslavia. Diez años después de Dayton y después de las operaciones sobre Serbia y Kosovo, los objetivos de la comunidad internacional no parecen haberse conseguido, al menos en su plenitud. Recordémoslos: cese de hostilidades, estabilización militar, recuperación de las instituciones civiles, proceso democrático y entrega de los responsables al Tribunal de La Haya.

El *Sonderweg* de Eslovenia parece confirmar lo que fue al principio de la oleada de conflictos de los noventa: pocos combates, menos muertos, apenas desplazamientos de población e integración en las instituciones internacionales (comenzando por la UE y siguiendo por la OTAN). Nada que ver con el resto de las antiguas repúblicas y territorios autónomos de Yugoslavia. La excepción.

La culpabilización universal de los serbios, la sospecha permanente sobre los croatas y el problema, nunca resuelto, del papel de los musulmanes bosnios hacen, en conjunto, que una gran parte de las poblaciones afectadas sólo puedan desear la emigración como destino para frustraciones acumuladas tras los odios no menos intensos.

La recuperación de las infraestructuras, básica para la normalización de la vida económica y para la movilidad de las

poblaciones, sigue paralizada en las instancias internacionales, que acordaron fondos y recursos técnicos por mor de la estabilidad, de la seguridad, y vinculado todo ello a la estabilidad institucional, esto es, al grado de democratización efectiva de las instituciones locales, así como a la entrega de los responsables de las limpiezas étnicas y crímenes de lesa humanidad de los años noventa.

El pesimismo de la población es aún mayor en las zonas en las que los conflictos se desarrollaron con mayor violencia y en las que la estabilidad en todos sus órdenes dista de ser *normal*. Así en Bosnia-Herzegovina, en la República Srpska, en Kosovo o Serbia, el paro, la economía informal (cuando no mafiosa) y la ausencia de expectativas convierte en explosiva la latencia del conflicto. Sólo la presencia internacional, armada y de seguridad, garantiza una cierta recuperación de la normalidad, que nunca se puede homologar a la preguerra, o menos aún a lo que cabría esperar de territorios que, por historia, vocación y contigüidad son centroeuropeos.

Croacia, que se aproximaba en mayor grado al reconocimiento de sus avances democráticos, con la liquidación vía urnas del HDZ en sucesivas elecciones, ha visto cómo se cerraban las puertas a la apertura de negociaciones para el ingreso en la Unión Europea en marzo de 2005. Ciertamente, en base a una consideración estricta de una de las condiciones, la de la colaboración con el Tribunal Penal Internacional para la antigua Yugoslavia (TPIY), a la vez que otras condiciones sumamente importantes parecían satisfacer a los más exigentes: desde la ortodoxia económica y de las

finanzas públicas, a la escrupulosidad en la observancia de las reglas democráticas para la institucionalización de la vida política, o la no menos significativa de la supeditación de las fuerzas armadas al poder civil. La recuperación de la vida económica, con sectores tan relevantes como el turismo, apuntaba a una senda de normalización incluso envidiable para sus vecinos más inmediatos.

La decepción croata, de alguna manera justificada en la intransigencia de marzo, tendrá consecuencias no sólo internas sino también para el vecindario más inmediato. En concreto para el área de influencia croata dentro de la Federación croato-musulmana, en Bosnia-Herzegovina.

Acaso, y es un excurso, la fórmula no sea la aplicación ad littera de las exigencias sino la búsqueda del compromiso, de la complicidad de las instituciones democráticas locales en la solución de los problemas jurídicos y penales derivados de los conflictos de los noventa del pasado siglo. O, dicho de otro modo, que sean los propios afectados quienes persigan, juzguen y condenen a los criminales y delincuentes... que no sólo los hay de guerra, contra la humanidad y por genocidio, sino también los que hicieron su agosto económico en las guerras y en la larga posguerra que no ha concluido.

Bosnia-Herzegovina, o Mostar y Sarajevo como ejemplos. Paro desmesurado, economía informal, algunos símbolos recuperados y sociedades que viven de espaldas la una a la otra, esto es: musulmanes bosnios y croatas y la minoría serbia reducida a niveles ínfimos. Mostar

\* Administrador de la Unión Europea en Mostar, en 1996.

es una ciudad dividida, separada en dos comunidades. El Stari Most, símbolo de la destrucción y símbolo a la vez de la ciudad, ha sido reconstruido e inaugurado el 23 de julio de 2004. Toda la parafernalia, entrañable en la medida que comprometía a la comunidad internacional, no pudo ocultar el vacío de sus calles al oeste croata o la poquedad de la recuperación de la actividad económica o, incluso, la reconstrucción de las viviendas en el entorno de las líneas de separación bélicas de 1995. De comunidad multiétnica, nada.

Sarajevo, en 2005, representa una ciudad crecientemente musulmana. Este proceso se ejemplifica en el crecimiento exponencial de las mezquitas, no siempre, como en otras ciudades de mayoría musulmana, de financiación transparente.

Y las instituciones, ciertamente electas por procedimientos correctos, bajo tutela internacional, con la presencia de las fuerzas armadas y de seguridad e imponiendo una convivencia que amplias capas de la población rechazan cuando no se oponen frontalmente. Una actividad económica amparada en la presencia de la ayuda internacional, menguante en la medida en que los escenarios de violencia se alejan o se desplazan ante la influencia mediática de catástrofes o nuevas violencias en otros escenarios. Es decir, una actividad subalterna, añadida a la economía irregular, que es la norma.

En ningún caso es el caldo de cultivo requerido para la recuperación de la normalidad tras los conflictos y sus largas posguerras y consecuencias. El retorno de refugiados y desplazados se hace así poco menos que imposible, y, con los datos en la mano, se ha dado en proporciones ridículas respecto a la masividad de los desplazamientos de población. Ni siquiera en las zonas en que alguna de las minorías alcanza la mayoría se producen retornos significativos de sus propios miembros, lo que viene a traducir una desconfianza cierta en el porvenir aun a resguardo de la propia comunidad. La marginación de Serbia y el sambenito permanente de agresores colgado de los serbios no contribuye, desde luego, a templar los ánimos. Por el contrario se entiende la intervención de Kosovo como una agresión internacional y una condena adicional a su población. La secesión de Kosovo parece una conclusión lógica después de las operaciones y el protectorado internacional establecido posteriormente. Y esta secesión es interpretada como una amputación sin defensa alguna para sentimientos e intereses de los serbios.

El protagonismo de la UE, a partir de la transmisión de funciones y misiones de OTAN y la comunidad internacional, la sitúa ante unas responsabilidades que primero, durante el conflicto bélico, rehuyó o no supo hacer frente, y que en la fase de estabilización compartió de manera creciente.

La reformulación de los objetivos es ahora más necesaria que nunca en la medida en que los llamados Balcanes occidentales son ocupación europea, y los llamados orientales, candidatos inmediatos a formar parte de sus instituciones. Y ello en presencia de una actuación nada desdeñable y siempre digna de ser tenida en cuenta de Turquía, candidata a formar parte de las instituciones de la Unión Europea, cuya presencia no es tan antigua en los escenarios de las tragedias de finales del siglo xx.

Los objetivos son la integración económica, la cooperación efectiva para la reconstrucción de las infraestructuras y del tejido productivo, la reducción de la informalidad de las transacciones y la lucha contra las mafias, la movilidad de las poblaciones y la complicidad de las instituciones locales con estos objetivos y con la persecución y condena de los criminales y sus redes, con el agregado de la incardinación efectiva de las fuerzas armadas y de seguridad en nuestros sistemas europeos comunes de seguridad y defensa.

Claro está que ello requiere poner a prueba las nuevas propuestas europeas de cooperación, seguridad y relaciones internacionales para que realmente sean eso: europeas. Tal es el deseo de las poblaciones, todas ellas víctimas, y tal es el deber moral de los responsables políticos y de las poblaciones.